

tú hemos pecado, porque hemos dejado al Señor Dios nuestro ¹ y Dios los socorrió suscitando á Jephthé para que libres por su medio de la tiranía de los Filisteos, volvieran á gozar de la tranquilidad y de la paz.

Después de esto, continúa el pueblo de Dios con suerte v^{ar}ia, ya adversa, ya favorable, según que seguía el pésimo ejemplo de las naciones limítrofes, ó bien volvía al Señor humillado y arrepentido, por medio de la penitencia y de la oración, hasta que la oración fervorosa de Ana madre de Samuél, ² alcanza del Señor el nacimiento de este Profeta, el que juzga á Israel por muchos años, preparando maravillosamente para las generaciones futuras, los gloriosos tiempos de David y de Salomón, en que el pueblo hebreo fué respetado de todas las naciones, gozando en el interior de la paz, de la abundancia, y de la más envidiable prosperidad.

Entretanto: durante la vida del mismo Samuél tenemos otro admirable ejemplo de la eficacia y del valor de la oración.

Hallábase el pueblo de Dios en extremo contristado; porque después de muchos años de paz, un poderoso ejército de los Filisteos invadía sus fronteras, y no contaba con recursos proporcionados á la magnitud del peligro. Congregóse entonces el pueblo en Masp^hath, y habiéndose preparado con el ayuno, se volvió al Señor diciéndole: *hemos pecado contra el Señor;* ³ y luego, saliendo ya al combate dice á Samuél; *No ceses de clamar por nosotros al Señor Dios nuestro:* y aconteció que mientras que Samuél clamaba al Señor y ofrecía un holocausto por el pueblo, el Señor por medios maravillosos aterrorizó al enemigo á la vista del ejército de Israel, con lo que despavorido, huyó vergonzosamente desde el principio del combate, y no volvió más á inquietar á los Israelitas en los días del Profeta Samuél.

Santo como Samuél fué el Rey Exequías; y en aquel terrible lance en que se vió amagado por el formidable ejército de Sennacherib Rey de Asiria, ora fervientemente al Señor, diciéndole: *Abre, Señor, tus ojos y vé: oye todas las palabras de Sennacherib. Ahora, pues, Señor Dios nuestro, sálvanos de su mano para que sepan todos los reinos de la tierra, que tú solo eres el Señor* ⁴ é inmediatamente el

¹ Juec. c. 10, v. 10.

² Lib. 1.^o de los Reyes c. 1.^o, v. 10 y siguientes.

³ Lib. 1.^o de los Reyes c. 7.

⁴ Lib. 4.^o de los Reyes, c. 19.

Profeta Isaías le hace saber de parte de Dios, que su plegaria ha sido escuchada, que no entraría en Jerusalem el Rey de Asiria, ni la atacaría, sino que reducido por Dios en una noche á la impotencia, volvería á tomar el camino que había traído, una vez deshecho y aniquilado su ejército, sin combatir; como en efecto aconteció.

El ayuno y oración de Esther con la de todos los judios, habitantes de Susán, ¹ obtuvo el efecto de cambiar la voluntad del Rey Asuero, y que fuese revocada la orden que se había expedido ya á las ciento veintisiete provincias del reino de Persia, para que fuesen exterminados en un día señalado todos los judios que habitaban en ellas.

El Rey de Babilonia Nabucodonosor, manda que sean arrojados en un horno ardiendo aquellos tres varones Sidrách, Misách y Abdénago, que se resisten á idolatrar, y en efecto son arrojados atados de piés, en medio de las llamas. Ellos recurren al Señor con fervorósima oración; ² y el Señor *hizo que soprase en medio del horno como un viento de rocío, y no los tocó de ningún modo el fuego, ni los afligió, ni causó la menor molestia.* ³

Daniel es arrojado por Darío Rey de Babilonia, en medio de los leones por toda una noche; y el Señor atendiendo á la oración de Daniel, *cerro la boca* ⁴ de aquellas fieras, para que no le hicieran daño, saliendo sano y salvo de aquel peligro.

Susana, acusada injustamente de adulterio y condenada á una muerte afrentosa, ora fervientemente al Señor, diciéndole: *Eterno Dios, que conoces todas las cosas escondidas, que sabes todas las cosas antes que sean: tú sabes que han levantado contra mí un falso testimonio; y he aquí que muero sin haber hecho ninguna de estas cosas, que éstos con malicia inventaron contra mí;* ⁵ y el Señor la socorre cuando ya era conducida al suplicio, infundiendo su espíritu en el jóven Daniel, para que defendiera victoriosamente su inocencia, y confundiera la malicia de los hombres perversos que la acusaban.

La grande ciudad de Nínive había provocado con sus iniquidades la ira de Dios, y el Señor envía al Profeta Jonás, para que le anuncie, que dentro de cuarenta días sería destruida. ⁶ Los ninivitas recurrien-

¹ Lib. de Esther c. 4.

² Profecía de Daniel c. 3.

³ Id., id. v. 50.

⁴ Id. c. 6, v. 22.

⁵ Id. c. 13 v. 42 y 43.

⁶ Profecía de Jonás, c. 3.

ron á Dios por la oracion y *ordenaron un ayuno público para aplacar la ira Divina; . . . Y Dios, dice al sagrado texto, atendió á sus obras, y vió que se habian convertido dejando su mal camino, y su misericordia le impidió enviar los males que habia decretado contra ellos.*

¿Pero como proseguir, Venerables hermanos é hijos nuestros, haciendo mencion especial de los innumerables hechos consignados en las Santas Escrituras, que atestiguan la eficacia de la oracion, cuando la historia de uno y otro testamento, divino tejido de milagros y prodigios obrados por la misericordia de Dios para con el hombre, no es, si bien se vé, más que la historia del poder y del valimiento de la oracion?

Sin embargo: fuerza es decir aunque sea una palabra, sobre aquellos dos ejemplos tomados del Evangelio, en que más que en otros, brillan á porfía, así la misma eficacia de la oración; como la fé humilde y la perseverante insistencia, con que debemos orar. Hablo de la oracion del Centurion ¹ y de la de la Cananéa. ² El primero, pide y obtiene con ella la salud de su criado; pero ved, Venerables hermanos é hijos nuestros, como la pide. Antes de recibir en su casa al Divino Salvador que se dirige hácia ella, le ruega y le suplica que no ponga sus divinas plantas en su habitacion, porque es absolutamente indigno de tanta honra, sino que únicamente profiera una sola palabra, lo que basta y aun sobra, para obrar el prodigio que le pide. Nuestro Señor Jesucristo admirado de una fé tan grande, que no la encuentra igual en Israel, lleno de complacencia y de ternura, le dice: *Vete y succédate conforme has creído. Y en aquella misma hora quedó sano su criado* Y notad con Orígenes; ³ que el divino Salvador, cuya admiración no pueden excitar ni el oro, ni la plata, ni las riquezas, ni los más grandes honores, porque todas estas cosas no son á los ojos de Dios más que vanas sombras; por el contrario, admira, agradece, se complace en ella y recompensa la fé humilde de este hombre, dirigiéndole un elogio, superior con mucho á todos los elogios y alabanzas. La segunda, la Cananéa, suplica por su hija; y no obstante que Nuestro Señor Jesucristo aparenta no escucharla, y no obstante que positivamente es repelida

¹ Ev. de S. Matéo. c. 8, v. 5.

² Id. c. 15.

³ Hom. 5. in Divers.

con desdén despues que los discípulos interceden por ella, y no obstante en fin, que habiendo logrado llegar hasta los pies del Salvador, es desechada con dureza por tercera vez su peticion, ella continúa instando con la más profunda humildad, y en fuerza de su perseverancia, obtiene no solo lo que pide, quedando sana en aquella misma hora la hija por quien pedia, sino que merece además, que convertido hácia ella Nuestro Señor Jesucristo, con su divino semblante lleno de ternura, haga para nuestra enseñanza el más magnífico elogio de su perseverante oracion: "no habiéndola humillado, dice San Pedro Crisólogo, sino para exaltarla, no habiéndose hecho sordo en un principio á su peticion, sino para poder colocar en su cabeza una gloriosa corona." *Distulit preces, ut fulgenti corona mulierem ornaret.*

Omitiendo, pues, como indicamos, multitud de hechos esclarecidos de los últimos siglos de la nacion santa, en que se manifiesta patentemente la intervencion divina obtenida en fuerza de los ruegos y plegarias del pueblo mismo, ó bien de los ilustres varones suscitados por Dios para salvarlo: pasando igualmente en silencio los otros prodigios y portentos de Nuestro Señor Jesucristo, obrados casi siempre en fuerza de la fé y de la oracion de los que con ellos fueron favorecidos y agraciados; y sin indicar siquiera, porque no lo permite la brevedad de esta carta, lo mucho y muy al caso que se registra en la historia de la Iglesia de todos los siglos, para probar que la oracion de sus hijos, y muy particularmente la oracion pública, ha sido siempre eficaz para alcanzar de Dios el remedio en sus necesidades: solo llamamos vuestra atencion, Venerables hermanos, hácia dos verdades importantísimas que conviene mucho tener presentes al hablar á los fieles de la eficacia de la oracion y de sus saludables y admirables efectos.

Primera: que el mismo Dios nos dá á entender en las Sagradas letras, que la oracion del justo le liga y ata, por decirlo así, sus divinas manos, cuando quiere castigar á los hombres por su iniquidad y su malicia; puesto que resuelto á castigar á la desgraciada Jerusalem, como se lee en el capítulo 7.º de Jeremías, habla así á este Santo Profeta; *No te encargues de interceder por este pueblo, ni de conjurarme y rogarme por ellos; no te me opongas acerca del designio que tengo de perderlos:* que es como si dijera: tu oracion me encadena y obliga; y así abstente de ella, puesto que este pueblo es indigno de que te intereses por él, estorbando con tus ruegos la accion de mi justicia.